

Distr.  
RESTRINGIDA

LC/DEM/R.213  
Serie A, N° 293  
1° de junio, 1994

ORIGINAL: ESPAÑOL

---

**C E L A D E**  
Centro Latinoamericano de Demografía

**LA FAMILIA EN AMERICA LATINA Y EL CARIBE  
ALGUNAS CONSIDERACIONES SOCIODEMOGRAFICAS**

Este trabajo fue preparado por el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), para ser publicado en la Revista Diálogo de UNESCO, Caracas.  
No fue sometido a revisión editorial.

## I N D I C E

	Página
La transición demográfica y la familia.....	3
Las familias en América Latina y el Caribe. Expresión numérica de situación y cambios....	7
Las familias y las políticas sociales.....	9

**LA FAMILIA EN AMERICA LATINA Y EL CARIBE**  
**ALGUNAS CONSIDERACIONES SOCIODEMOGRAFICAS**

El Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) tiene entre sus principales funciones la de seguimiento y análisis de las tendencias de las principales variables de la población, buscando establecer las relaciones que en cada momento imperan entre esas tendencias y el proceso de desarrollo económico y social. En esa tarea es natural que considere la familia como uno de los conceptos clave para comprender los fenómenos demográficos (fecundidad, migración, mortalidad) y a la vez la trate como el ámbito en el que se reflejan de modo más importante las relaciones entre el individuo y la sociedad. Por esto último, cuando la sociedad encara acciones para promover el desarrollo, interesa sobremanera saber cómo esas acciones inciden sobre la familia.

En particular, es bueno tener en cuenta que pese a que la mayoría de las acciones de política social -como las de educación y salud- tienen por objeto el individuo, sus efectos están frecuentemente mediatizados por el tipo de inserción que el individuo tiene en la familia y al mismo tiempo -a través del efecto sobre el individuo- termina afectando a la familia misma. Una política de extensión de la escolaridad formal más allá de los 14 ó 15 años, por ejemplo, tendrá efectos distintos según el individuo de esa edad contribuya o no a las funciones de provisión

de recursos o de funcionamiento interno de su familia. Si la política tiene éxito en -entre otras cosas- mejorar la capacidad laboral de un individuo, ello podrá terminar incidiendo en el nivel de bienestar de la familia toda y en las relaciones entre sus miembros.

La importancia de incluir a la familia como objeto de análisis y hasta, en muchos casos, como unidad de referencia para las políticas, crece cuando se considera el hecho de que la constitución, composición y funcionamiento de las familias varía en el tiempo y que varía también la distribución de familias según tipo o modelo. Durante mucho tiempo, en América Latina se tomaban implícitamente como inmutables esas características, cuando en realidad se estaban dando cambios de importancia. Esa falta de reconocimiento de los cambios que tenían lugar respondía en parte a lo que se ha dado en llamar la "invisibilidad estadística de la familia". En efecto, la mayor parte de la información estadística es recogida a nivel de individuos. En el caso de los censos, hay a lo sumo recolección de datos correspondientes a "hogares" o a "viviendas", conceptos que no necesariamente coinciden con el de "familias". A su vez, tal "invisibilidad estadística" es en parte explicada por la falta de interés o atención a la familia como unidad de análisis.

Dentro de las limitaciones impuestas por la escasez de información, un creciente número de estudiosos de la región ha ido conformando una descripción de los cambios experimentados por la familia en América Latina y el Caribe, y los párrafos que siguen son una somera recapitulación de esos cambios, concentrando la atención en las variables socio-demográficas.

### **La transición demográfica y la familia**

La transición demográfica, la urbanización y los cambios culturales han sido citados como los trasfondos más importantes contra los cuales se ha dado la evolución de la familia en América Latina y el Caribe durante las últimas cuatro o cinco décadas.

La urbanización ha ido alcanzando niveles muy altos y la región, con más de 70% de sus habitantes residiendo en áreas urbanas, es la que muestra un mayor grado de urbanización entre las regiones en vías de desarrollo. De hecho, en algunos de sus países componentes, el grado de urbanización es similar al de los países desarrollados. El proceso de urbanización, pese a ser muy rápido, ya alcanzó a traducirse en el tamaño y composición de las familias. En la mayoría de los casos, los cambios fueron en la dirección de la mayor prevalencia de familias nucleares y en la disminución del número de niños en las mismas.

En realidad, la variación en la composición y tamaño de las familias por la urbanización no obedece primordialmente al cambio

del ambiente físico en que se implanta la familia sino más bien a la adopción de una distinta pauta cultural, la propia de las ciudades. Es, en ese sentido, uno más -aunque quizás el más importante- de los cambios provocados por cambios culturales. Y para que esos cambios culturales tengan lugar, no es imprescindible el traslado físico de las personas. La revolución de las comunicaciones ha ayudado a la transmisión de pautas culturales entre distintas zonas de un dado país, tendiendo a una mayor homogeneidad, liderada generalmente por las pautas propias de las ciudades más grandes. De igual modo, es dable observar un incipiente fenómeno de igual naturaleza entre países, mediante el cual, otra vez, distintas culturas se ponen en contacto e interinfluyen. Nuevamente, la influencia no es simétrica, sino que predomina la influencia de pautas culturales correspondientes a países industrializados sobre los demás, la que en términos generales también privilegia las familias de tipo nuclear y pequeño.

Pero el fenómeno de trasfondo que más ha incidido sobre las familias de América Latina y el Caribe ha sido la transición demográfica. La transición demográfica es un fenómeno que ha afectado a la inmensa mayoría de las sociedades del planeta, aunque con épocas de comienzo distintas y con velocidades variables. A partir de un estadio de altas tasas de mortalidad y también altas tasas de nacimientos, (medidas estas últimas, generalmente, por el número de hijos que en promedio tiene una mujer a lo largo de su

vida fértil) y en el que la combinación de ambas tasas arroja un crecimiento bajo o moderado, suele registrarse en un momento dado el inicio de la caída de las tasas de morbi-mortalidad. Esto es frecuentemente consecuencia de la difusión de adelantos científico-médicos, de mejoras en los hábitos higiénicos y de cambios favorables en las infraestructuras de saneamiento. La baja de la mortalidad, que suele ser más marcada en las edades bajas y notoriamente en el primer año de vida, se refleja en una prolongación de la esperanza de vida al nacer. Esta etapa se inició para el promedio de América Latina y el Caribe en los años 50. En ese entonces, la mortalidad infantil era de 126.6 ‰ y a principios de los '90 llegó a 50.6 ‰. La esperanza de vida al nacer pasó de 51.8 a 67.4 años en igual período.

La baja de la mortalidad acelera el crecimiento de la población. La tasa de crecimiento natural de América Latina y el Caribe pasó de 26,8 ‰ anual en los '50 a 28.4 ‰ en los '60. La reacción societal ante estos cambios suele ser, con algún desfase o rezago, el descenso de la fecundidad. El número de hijos por mujer en la región, que era de 5.9 en los años '50, se mantuvo igualmente alto en los '60 pero a partir de entonces comenzó a descender velozmente y es, para principios de la presente década, de aproximadamente 3,3 hijos por mujer. Esto, a su vez con cierto desfase, hace descender la tasa de crecimiento vegetativo de la población, que se sitúa actualmente en 18.2 ‰ anual.

Estos cambios se reflejan en la composición por edades de la población y, caeteris paribus, en la estructura y composición de la familia. A nivel global, desciende la proporción de niños y aumenta la de personas de tercera edad. En las familias, el número de hijos es menor y es más alta la proporción de "abuelos" vivos. Esto da lugar, si coexiste con una tendencia a las familias nucleares, a un crecimiento en las familias constituidas por una pareja de tercera edad, sin hijos, y a personas, generalmente viudas, que viven por sí mismas.

La forma en que se manifiesta a nivel familiar este descenso de la fecundidad, se expresa en una mayor edad a la primera unión y un mayor espaciamiento entre los nacimientos de hijos.

Hay que tener en cuenta, además, las ya apuntadas influencias de los cambios en la urbanización y la cultura y agregar a ello los efectos de los cambios de plazo más corto en la esfera socio-económica. En América Latina y el Caribe, es notorio que la crisis y el ajuste en los años 80 (la "década perdida") pudieron afectar las pautas de la nupcialidad y, a través de la aceleración de la tasa de participación de las mujeres en el mercado laboral, afectaron también la actitud frente al tamaño de familia y los roles de la mujer en el seno de la misma.

**Las familias en América Latina y el Caribe. Expresión numérica de situación y cambios.**

La edad promedio de las mujeres en el momento de su primera unión (legal o consensual) aumentó levemente en el transcurso de las últimas dos décadas. Sólo existen datos por encuesta para una fracción de los países, pero el común denominador parece haber sido un aumento de poco más de un año, de valores típicos de 21.5 años a valores típicos de 23. A esto se une el mayor intervalo entre el primer y el segundo hijo, que en Chile, por ejemplo, pasó de 2.8 años a 3.6 en tan solo los años que van de 1982 a 1988.

América Latina y el Caribe es una de las regiones del mundo con más proporción de uniones consensuales. En 9 de los 24 países para los que se dispone de datos al respecto, un tercio o más de las uniones son de este tipo, y en cuatro países la proporción de uniones consensuales excede a la de las legales. Con algunas excepciones, la proporción de uniones consensuales parece haber aumentado perceptiblemente en las últimas décadas.

La incidencia de las uniones de este tipo es mayor en el grupo de las adolescentes y en el grupo de 20-24 años. Este fenómeno se liga a la persistencia del embarazo adolescente. En general, el descenso de las tasas de nacimientos por cada mil mujeres ha sido

menor en el grupo de edad de 15-19 que en cualquiera de los demás grupos, y en algunos países hasta ha aumentado.

Asociado al embarazo adolescente (aunque no es éste su único determinante) está el fenómeno de familias encabezadas por una mujer sin cónyuge. Son numerosos los países en que este tipo de familias representa entre un cuarto y un quinto del total. En la última década ha habido un leve aumento en dichas proporciones, aun en países donde es tradicionalmente baja, como Brasil, en el que subió del 12% al 19% entre 1981 y 1989.

Como es de esperar, el proceso de desarrollo de los niños es altamente dependiente del tipo de familia al que pertenecen. Diversos estudios en la región han mostrado que, por ejemplo, el rendimiento escolar es menor -aun descontando la incidencia de otros factores socioeconómicos- cuando se trata de niños que provienen de hogares monoparentales y de madres adolescentes. Asimismo, cabe destacar que en países con estructura de edad relativamente envejecida empezó a hacerse notar el peso de las unidades unipersonales, las que llegan por ejemplo al 13% en Uruguay, 12% en Puerto Rico y 10% en Argentina.

Un capítulo aparte merece, finalmente, el tema de la participación femenina en el trabajo, por sus consecuencias cuantitativas y cualitativas en la familia y en la situación social

de la mujer. La participación, que ya era relativamente alta en los años 1980, creció considerablemente en las décadas posteriores. Así, por ejemplo, en Argentina y Uruguay subió del 23% y 24% en los sesenta a 27% y 28% respectivamente en los setenta. En Venezuela pasó del 20% en los sesenta a 29% a principios de los 80 y a 32% en los albores de la presente década. Si bien sigue siendo más alta la tasa de participación laboral de mujeres solteras y separadas o divorciadas, el mayor incremento en la participación fue experimentado entre las mujeres casadas, especialmente en la década de los 80, y presumiblemente en función de la crisis económica.

#### **Las familias y las políticas sociales.**

En América Latina y el Caribe, dentro de un panorama heterogéneo entre países y al interior de los mismos, parecemos estar moviéndonos hacia familias más pequeñas, de tipo nuclear y aun unipersonales, en un contexto urbano y con creciente participación de la mujer en el mundo laboral.

Estas circunstancias plantean fuertes exigencias a las políticas sociales, entre las cuales figura la necesidad de proteger y fomentar el desarrollo de las familias como tales, si se desea que éstas puedan cumplir con su importante rol en la socialización de los individuos, es decir si se entiende la reproducción social no sólo como un fenómeno cuantitativo sino como un proceso cualitativo, altamente determinante del desarrollo integral de los niños y, por ende, de las futuras generaciones.

Ese desafío a las políticas sociales se multiplica al tener en cuenta la mencionada diversidad de las estructuras y composición de las familias. Afortunadamente, hay en la región una creciente comprensión de este desafío y una madura aceptación del mismo. Son varios los países del continente que cuentan con ministerios o unidades administrativas de importancia cuyo objeto de atención es la familia como tal. Sólo cabe esperar que sus funciones no se circunscriban a paliar compensatoriamente los problemas que experimentan las familias sino que se extiendan a la búsqueda de una coordinación de las distintas políticas sectoriales que afectan a las familias (educación, salud, vivienda, capacitación laboral, etc.) de modo de optimizar los efectos sinérgicos que tales políticas pueden tener en el desarrollo y bienestar de las unidades familiares.

**Fuente**

Se ha recurrido libremente a diversos trabajos realizados en CELADE, y en particular los efectuados por las demógrafas Iris Corbalán y Valeria Ramírez, en base a ponencias presentadas en el taller de trabajo "Familia, Desarrollo y Dinámica de Población", organizado por CELADE y CEPAL, en Santiago de Chile, noviembre de 1992, en asociación con UNICEF, UNESCO, OPS, PREALC y El Colegio de México.